



En la castilla de recia urdimbre se va desenvolviendo la acción, tan pujante como la misma Castilla de la *Lágrimas de acero*, novela de Marín Cañas.

Mucho me costó conseguirla. Ninguna biblioteca conserva un ejemplar siquiera. El mismo Marín Cañas al solicitársela para su estudio, me escribió un mensaje lacónico. "Lamento profundamente tener que decir a usted que la novela Lágrimas de acero no la tengo en mi poder, razón por la que no me es posible complacerlo". Al pie de la misma carta, después de su firma de caracteres violentos, agrega: "si quiere externar un criterio justísimo y acertadísimo de esa novela, ponga novela pésima. Más mala no puede ser. Y da usted en el blanco exacto".

¿Mala voluntad el escritor para con su primera obra de índole novelesca? Me escribió en uno de esos momentos en los que todo lo nuestro parece sin la fuerza original que hubiéramos deseado concederle.

En la dedicatoria, Marín Cañas le aplica otros dos adjetivos, también injustos en mi modo de ver: absurda e imposible. Así la considera porque fue escrita para la Quimera. Para la que, siempre y en todas partes, fue mentira menos en la imaginación creadora de quienes saben dar vida a lo que parece no tenerla, saben hacer real lo que finge ser imaginario.

Con pronósticos tan oscuros, inicié la lectura. Surge, bajo el brochazo luminoso de un sol implacable, la visión de aquella constante fragua de titanes que se llama Castilla. Allá donde la pereza incansable de los molinos invita, a un tiempo mismo, al recogimiento del cuerpo Y la inquietud evocadora del espíritu. ¡Por algo la vida es catarata y remanso, céfiro y torbellino, felicidad y melancolía!

En Madrid, hacia el trágico noventa y ocho. Tres bohemios

reúnen, en un ágora encantadora, sus miserias que son grandes, sus esperanzas que aspiran a ser infinitas. Son un toledano, Javier, un malagueño, Antonio y un bilbaíno, Castel. A la par de ellos, ayudándoles a vivir sus ilusiones, tres mujeres. Blanca, la corista llamada por todos la Virgencita, en atención a sus dulzura, a sus seriedad, a su virtud de muchos quilates. Rosario, la marquesita de alma viciosa peor recatada. De esas de quienes algo se dice en voz baja, bastante repite la gente, mucho comentan lo que creen saber y, en realidad, nada saben. Maruja, la de la tristísima historia, la que para calmar la propia hambre y la de su hermanita inocente; quiere convertirse en buscona a la fuerza. Desea pan y encuentra el principio delicioso de un idilio inesperado.

Tres corazones de hombres, muy diversos entre sí. Tres almas femeninas del todo diferentes.

A Rosario, curiosa sentimental del amor, se le presenta ese mismo amor en una pasión romántica como los románticos motivos fundamentales del humano Liszt. Maruja busca pan sin amor. Satisface, a la vez, las dos hambres, la del cuerpo maravilloso y la del espíritu, maravilloso también. Blanca, llama temblorosa, le tiene miedo al amor. Tanto mal le han dicho de él. Con ese amor se encuentra, cuando menos lo espera. Cuando el toledano atrevido y delicado a un tiempo, se convierte en defensor suyo ante el ataque soez de un cobarde.

De los dos únicos caminos que existen para llegar al amor, escogen las tres parejas el admirable sendero por el que se deslizan, silenciosos, los ensueños.

El dulce mal de amor, como lo califica el poeta de la pasión, llena estas páginas admirables. Lo son por su serenidad en el estilo. Por su honda psicología. Por lo natural de cada uno de los episodios que se encadenan. Como en la vida que se rinde a la primera incitación manteniéndose hosca a todo requiebro.

El personaje principal de la novela es la insaciable sed de amar que tanto ha interesado a cada uno de los mortales, de cualquier temperamento, de todo credo filosófico o religioso.

Y amor, pero de diversas especies, mueve el alma despreciable del duque de Recasens, de aspiraciones bajas, que insultan que inquietan por su agresividad. Desea comprar, con dinero como cualquier comerciante, las caricias virginales de Blanca. Sin comprender que la doncella no sabe de ventas de esa clase. A pesar de que la madre suya, ingenua celestina, acepta cuanto regla de valor le hace aquel don Juan con canas y con reumatismos crónicos.

Llega el dolor de la vida, el que provoca los hombres con sus angustiosos anhelos de perversidad. Tras él, viene del Dolor de la Muerte que se lleva a Maruja, en el momento mismo en el que da la vida al hijo anhelado desde el principio de sus amores.

El libro tiene un final que desespera, aunque se vea iluminado por la mentira de Javier, quien, para salvar al amigo del alma quiere y sabe sacrificarse.

En las últimas páginas de esta delicada y ruda novela afirma el autor que don Quijote ha muerto. Pide que, por el alma del desventurado caballero, eleven oraciones sinceras los puntales de la raza y los sostenes del espíritu. Castilla agradecerá esas plegarias.

Existen esos puntales de la raza, esos sostenes del espíritu hispano, cuyo historial asombra. Pienso que don Quijote no ha muerto. En el alma de cada español y de cada hijo de América renacen, en todo instante, las cuerdas locuras del invencible Caballero de la Mancha.